

contrario, mucho descontento y pena cuando desaparecía. Esta vision se le representó aquí estando postrado delante de la cruz. Pero, como ya tenía más abundancia de la divina luz, y en virtud de la santa cruz, ante la cual estaba ahinojado, fácilmente entendió que aquella cosa no era tan linda ni tan resplandeciente como ántes se le ofrecía, y manifestamente conoció que era el demonio, que le quería engañar. Y de ahí adelante por mucho tiempo le apareció muchas veces, no sólo en Manresa y en los caminos, sino en Paris también y en Roma; pero su semblante y aspecto no daba ya resplandor y claridad, mas era tan apocado y feo, que no haciendo caso dél, con el báculo que traía en la mano fácilmente le echaba de sí.

Estando todavía en Manresa ejercitándose con mucho fervor en las ocupaciones que arriba dijimos, aconteció que un día de un sábado, á la hora de completas, quedó tan enajenado de todos sus sentidos, que hallándose así, algunos hombres devotos y mujeres le tuvieron por muerto. Y sin duda le metieran como difunto en la sepultura, si uno dellos no cayera en mirarle el pulso y tocarle el corazón, que todavía, aunque muy flacamente, le batía. Duró en este arrebatamiento ó éxtasi hasta el sábado de la otra semana, en el cual día, á la misma hora de completas, estando muchos que tenían cuenta con él, presentes, como quien de un sueño dulce y sabroso despierta, abrió los ojos, diciendo con voz suave y amorosa: «¡Ay Jesus!» Desto tenemos por autores á los mismos que fueron dello testigos, porque el mismo Ignacio, que yo sepa, nunca lo dijo á ninguno; ántes con humilde y grave silencio siempre tuvo encubierta esta tan señalada visitación del Señor.

Parecerá por ventura á algunos que éstos que habemos contado, son extraordinarios favores de Dios y que son increíbles. Y más en un soldado que quitado del ruido de las armas y destetado de los deleites y dulcedumbre ponzoñosa del mundo, comenzaba á abrir los ojos y á gustar de la amargura saludable de la mirra y cruz de Cristo. Mas los que dicen que son imposibles, si hay algunos que lo digan, serán comunmente hombres que no saben, ni entienden, ni han oído decir qué cosa sea espíritu, ni gozo y fruto espiritual, ni visitación de Dios, ni lumbré del cielo, ni regalo de ánimas santas y escogidas, ni piensan que hay otros pasatiempos y gustos, ni recreaciones, sino las que ellos de noche y de día, por mar y por tierra, con tanto cuidado y solicitud y artificio buscan, para cumplir con sus apetitos y dar contento á su sensualidad. Y así, no hay que hacer caso dellos. Pues nos enseña el Apóstol que el hombre animal (esto es, carnal y entregado á la porcion inferior y parte sensual de su ánima) no percibe ni entiende las cosas de Dios. Y así, pues es ciego, no es justo que se haga juez de lo que no ve. Pero otros habrá también cristianos y cuerdos, y leídos en historias y vidas de santos, que sepan que algunas veces suele nuestro Señor hacer estas mercedes y favores

á los que toma especialmente por suyos, y darles privilegios extraordinarios, fuera de la regla y orden con que trata á la gente comun. Los cuales entenderán que aunque en estas cosas de revelaciones y raptos es menester mucho tiento, porque puede haber engaño, y muchas veces le hay, tomando por visitaciones del cielo las ilusiones de Satanas, que se transfigura (como dice el Apóstol) en ángel de la luz, y siguiendo, por revelación de Dios, la propia y falsa imaginación, causada ó de la liviandad y soberbia secreta de nuestro corazón, ó del humor melancólico y enfermedad que hace parecer á las veces que se ve y oye lo que ni se oye ni se ve. Pero no por eso deja de haber en la Iglesia de Dios verdaderas y divinas revelaciones, con las cuales algunas veces regala él á sus singulares amigos y privados, y se les comunica con más particular y estrecha comunicación. Y que no es maravilla que haya usado desta misericordia con nuestro Ignacio, y con tan larga mano reparado con él de sus tesoros y riquezas infinitas; porque, aunque soldado y nuevo en esta escuela, había en poco tiempo andado mucho camino y pasado muy adelante en su aprovechamiento y en las letras de la verdadera sabiduría. Y habiale nuestro Señor escogido para capitán y caudillo de uno de los escuadrones de su Iglesia (que es como las haces bien ordenadas de los reales, y puestas á punto de guerra) y para patriarca y padre de muchos, que sin duda es mayor merced y favor de Dios, y á ménos concedido, que tener arrobamientos y revelaciones. Y cierto, mirando bien lo que Ignacio era y lo que hizo, no podemos dejar de confesar que fué menester particularísimo y singular socorro del cielo para acometer una empresa tan grande, y salir con ella, pues fuerzas naturales ni industria humana no bastaban. Porque, ¿cómo un hombre sin letras, soldado y metido hasta los ojos en la vanidad del mundo, pudiera juntar gente y hacer compañía y fundar religion, y extenderla en tan breve tiempo por *todo* (1) el mundo con tanto espíritu, y gobernarla con tan grande prudencia, y defenderla de tantos encuentros con tanto valor y con tanto fruto de la santa Iglesia y gloria de Dios, si el mismo Dios no le hubiera trocado y dádole el espíritu, prudencia y esfuerzo que para ello era menester? ¿Qué dechado tuvo delante para sacar el traslado desta religion? ¿En qué libro leyó sus reglas y constituciones y avisos? ¿Quién le dió la traza y el modelo desta Compañía, tan una en lo substancial con todas las demas religiones, y tan diferente en cosas particulares, tan proporcionadas y convenientes al estado presente de la Iglesia? (2). Díosela el que sólo se la podía dar, y sólo llamarle para lo que le llamó. Díosela el que es tan poderoso, que de las piedras puede

(1) Borrado por el PADRE RIVADENEIRA; á pesar de eso, se puso en las ediciones siguientes.

(2) Había tachado RIVADENEIRA este elogio de la Compañía, pero al márgen dice, de letra suya ó muy parecida á la suya: *Nihil delectatur*. Así es que se siguió poniendo en las ediciones posteriores.

nacer hijos de Abraham, y llama á las cosas que no son como á las que son, y toma por instrumentos y predicadores de la luz de su Evangelio y de su verdad á los pescadores, para confundir al mundo, y mostrar que él es el Señor y el que obra las maravillas, y que tanto vale la cosa cuanto él quiere que valga, y no más; y que no es como los príncipes y reyes deste siglo, que pueden dar el oficio como dicen, mas no la discreción ni los talentos que son necesarios para hacerle bien. Porque él escoge los ministros del Nuevo Testamento, y escogiéndolos, los hace idóneos y bastantes para todo lo que él manda y es servido. Y pues vemos los efectos tan grandes en Ignacio (que éstos no se pueden ya negar, si no queremos decir que es noche la luz de mediodía), y necesariamente habemos de conceder lo que es más, concedamos también lo que es ménos. Y entendamos que todos los rayos y resplandores que vemos en las obras que hizo, salieron destas luces y visitaciones divinas que habemos contado, y de otras que tuvo su ánima. Algunas de las cuales en esta historia, con el favor divino, se contarán.

#### CAPÍTULO VIII.

Del libro de los *Ejercicios espirituales*, que en este tiempo escribió.

En este mismo tiempo, con la suficiencia de letras que habemos dicho que tenía Ignacio (que era solamente leer y escribir), escribió el libro que llamamos de los *Ejercicios espirituales*, sacado de la experiencia que alcanzó, y del cuidado y atenta consideración con que iba notando todas las cosas que por él pasaron. El cual está tan lleno de documentos y delicadezas en materia de espíritu, y con tan admirable orden, que se ve bien la unción del Espíritu Santo haberle enseñado y suplido la falta de estudio y doctrina. Y aunque es cosa muy probada y manifiesta en todo el mundo el fruto que ha traído por todas partes el uso destes sagrados ejercicios á la república cristiana, con todo eso, tocaré algunas cosas de las muchas que se podrían decir de su provecho y utilidad. Primeramente al uso de los ejercicios se debe la institución y fundación de nuestra Compañía; pues por ellos fué nuestro Señor servido que casi todos los padres que fueron los primeros compañeros de Ignacio, y los que le ayudaron á fundar la Compañía, los despertase él y convidase al deseo de la perfección y al menosprecio del mundo. Pues los que despues, siguiendo su ejemplo, entraron en la Compañía, ya aprobada y confirmada por la Sede Apostólica (que han sido personas señaladas en habilidad y letras, ó en sangre y otros dones naturales), por la mayor parte por estas santas meditaciones fueron guiados y movidos de la mano de Dios para escoger y seguir esta manera de vida. Y porque no piense nadie que para sola nuestra religion ha enviado nuestro Señor este beneficio y despertador al mundo, también las otras religiones se han aprovechado dél. Pues podemos decir con verdad que mu-

chos de sus monasterios han sido poblados, por este medio, de mucha y muy escogida gente; muchos religiosos que titubeaban en la perseverancia de su vocación, han sido en ella confirmados (1). Otros que, vencidos de la flaqueza humana, habían ya renunciado los hábitos, reconociendo y llorando su desventura, volvieron al puerto de donde el impetu de la tentación los había arrebatado. Y no para el fruto destes ejercicios en ayudar solamente á las religiones, pues abraza á todas suertes de gentes, á todos los estados, oficios, edades y modos de vivir. Porque la experiencia ha mostrado que muchos príncipes, así eclesiásticos como seglares, hombres principales y de baja suerte, sabios é ignorantes, casados y continentales, consagrados á Dios y solteros, mozos y viejos, entrando á hacer los ejercicios, se han aprovechado, ó para enmendar la mala vida, ó para mejorar la buena que tenían. Y lo que más hace maravillar es, que muchos varones de singular erudición, tenidos por oráculos de sabiduría y por los mayores letrados de su tiempo, despues de haber gastado toda la vida en las universidades, enseñando y disputando y haciendo callar á otros, se humillaron y sujetaron á ser discípulos de Ignacio, aprendiendo dél en los ejercicios lo que no habían sacado de los libros ni de sus estudios tan aventajados. Porque lo que en esta escuela (donde se trata del propio conocimiento) se aprende, no para en solo el entendimiento, mas descende y se comunica á la voluntad; y así, no es tanto conocimiento especulativo como práctico; no para en saber, sino en obrar; no es su fin hacer agudos escolásticos, sino virtuosos obreros, y con esto despierta é inclina la voluntad para todo lo bueno, y hace que busque y vaya tras aquella celestial sabiduría que edifica, inflama y enamora, no haciendo tanto caso de la ciencia, que muchas veces desvanece y hincha, y saca al hombre fuera de sí. Mas aunque el fruto destes espirituales ejercicios se extiende universalmente á todos, pero particularmente se ve y se experimenta más su fuerza en los que tratan de tomar estado y desean acertar á escogerle, conforme al beneplácito y voluntad de Dios. Porque no todos los estados arman á todos ni son á propósito de cada uno, sino que uno es mejor para uno, y otro para otro; y cuál sea el más conveniente para cada uno, y más acertado y seguro, sólo el Señor lo sabe perfectamente, que nos crió á todos y que, sin nosotros merecerlo, nos aparejó y mereció con su sangre tan grande bien como es la comunicación de su gloria y de su bienaventurada presencia. Y así, el escoger estado y tomar manera de vida habíase de hacer con mucha oración y consideración y deseo de agradar á Dios, y de acertar cada uno á tomar lo que el Señor quiere que cada uno tome, y lo que mejor le está para alcanzar su último fin. Mas há-

(1) Al márgen de esta cláusula había una llamada, como para suprimirla, á fin de que este elogio no pareciera jactancioso; pero al márgen dice, de la letra parecida á la del PADRE RIVADENEIRA: *Está bien; no quite nada.*



cese muy al revés y sin tener ojo á lo que más importa, porque muchos, ó cebados con su deleite, ó ciegos del interese, ó convidados del ejemplo de sus padres y compañeros, ó atraídos con otros motivos, en tierna y flaca edad, cuando el juicio aún no tiene su vigor y fuerza, con poca consideracion y miramiento de lo que hacen, se arrojan á tomar estado con tanta temeridad, que tienen despues que llorar para todos los dias de su vida. Y con razon, pues queriendo todos sus negocios tan examinados y cernidos, y que haya vista y revista para ellos, sólo el de sí mismos, que es el que más les importa y que con mayor acuerdo se debe tratar, le tratan con descuido, escogiendo acaso el camino que han de seguir, y pagando esta culpa con la pena y descontento de toda la vida, como habemos dicho. Lo cual no les sucederia si tomasen por ley de su eleccion la voluntad de nuestro Señor, y por la regla de toda su vida, el fin para que Dios los crió, teniendo por fin al verdadero fin, y usando de los medios como medios, y no al contrario, pervirtiendo las cosas, y usando del fin para los medios, y de los medios haciendo fin. Y para esto aprovecha el recogimiento y la consideracion y oracion con que el hombre en estos ejercicios se apercebe, y despega de su corazon cualquiera desordenado afecto, y le dispone para recibir las influencias de Dios y la lumbre de su gracia, con la cual se acierta en esto y en todo, y sin ella, ni en esto, ni en cosa que buena sea, no hay entero acierto ni seguridad. Pero, con ser así todo lo que aquí habemos dicho, y tan universal y notorio el provecho de los ejercicios, no ha faltado quien ha querido escurecer esta verdad y poner sospecha en cosa tan puesta en razon y con la continua experiencia tan confirmada. Mas todos sus golpes dieron en vacío, y fueron flacas sus fuerzas y vanos sus acometimientos. Ca rompiéndose y deshaciéndose las olas de su contradiccion, se quedó en pié y en su fuerza, como una peña firme, la verdad desta santa doctrina. Porque la Sede Apostólica tomó este negocio por suyo, y despues de mucha informacion y gravísimo exámen, interpuso su autoridad y aprobó el libro de los *Ejercicios*, loándolos, y exhortando y persuadiendo á los hombres que los leyesen, tuviesen y hiciesen. Como claramente consta por las bulas de nuestro muy santo padre Paulo III, vicario de Cristo nuestro Señor; las cuales se publicaron el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, y andan impresas con el mismo libro de los *Ejercicios espirituales*, cuyo autor es el apostólico varon de quien tratamos, Ignacio.

#### CAPÍTULO IX.

Cómo cayó malo de una grave enfermedad.

Volviendo pues á la vida de Ignacio, que era la que habemos contado, aconteciale muchas veces que queriendo las noches dar un poco de reposo á su fatigado cuerpo, le sobrevenian á deshora tan grandes como ilustraciones y soberanas consolaciones, que embebecido y transportado en ellas, se le pasa-

ban las más noches de claro en claro, sin sueño, y le robaban el poco tiempo que él tenia señalado para dormir. Mas despues, mirando atentamente en ello, parecióle negocio peligroso y que podria nacer de buena y mala raíz. Y examinando y tanteando bien, por una parte y por otra, todas las razones que desto se le ofrecian, al fin acordó que seria mejor despedirlas y darles de mano, y dar al sueño el tiempo necesario para su sustento. Pero ya estaba tan quebrantado de los excesivos trabajos del cuerpo y continuos combates del alma, que cayó en una grave enfermedad, en la cual los regidores y ayuntamiento de Manresa le proveian de todo lo necesario con mucha caridad, y con esta misma le servian muchas personas honradas y devotas. Llególe la enfermedad hasta el último trance de la vida, y aparejándose ya para la muerte y encomendándose á Dios de corazon, el demonio, que no dormia, le representó un molestísimo pensamiento, dándole á entender que no tenia de qué temer, siendo, como era, hombre tan justo y santo. Congojóle mucho este pensamiento, y procuró resistirle con todas sus fuerzas, y con la memoria y confusion de los pecados pasados sacudir y arrojar de sí aquella centella de fuego infernal. Pero, como no pudiese desecharla, fué gravísimo el tormento que sintió, y fué mucho mayor la fatiga que daba á su alma la lucha desta espiritual batalla, que el dolor y trabajo que daba al cuerpo la enfermedad que en tanto estrecho le ponía de la vida. Como se sintió algo mejor, y pudo hablar, comenzó á dar voces, y rogar y conjurar á los que allí estaban presentes, que cuando otra vez le viesen en semejante peligro y como agonizando con la muerte, á grandes gritos le dijiesen: «¡Oh miserable pecador, oh hombre desventurado, acuérdate de las maldades que has hecho y de las ofensas con que has atesorado la ira de Dios contra tí!» En convaleciendo un poco, luego se tornó á sus acostumbradas penitencias y asperezas de vida. Y así recayó la segunda y tercera vez. Porque con una determinacion de ánimo infatigable y perseverante trabajaba de vencerse en todo y por todo, y tomaba carga sobre sí más pesada de la que sus fuerzas podian llevar. Pero al fin la experiencia vista, y un grave dolor de estómago que á menudo le salteaba, y la aspereza del tiempo, que era en medio del invierno, le ablandaron un poco para que obedeciese á los consejos de sus devotos y amigos. Los cuales le hicieron tomar dos ropillas cortas de un paño grosero y pardillo, para abrigar su cuerpo, y del mismo paño una media caperuza para cubrir la cabeza.

#### CAPÍTULO X.

De la peregrinacion que hizo á Hierusalen.

Un año, ó poco ménos, estuvo en Manresa con la penitencia y apretura de vida que habemos contado. El cual acabado, llegábase ya el tiempo en que tenía determinado de ir á Hierusalen, y comenzándolo á poner por obra, salióse de Manresa y fué para Barcelona, sin tomar otra compañía

consigo que la de Dios, con quien deseaba tratar á sus solas y gozar de su interior comunicacion, sin ruido ni estorbos de compañeros. Y así, aunque muchos se le ofreciesen de hacerle compañía, y otros le aconsejasen y le rogasen ahincadamente que no emprendiese tan largo y peligroso camino sin llevar alguno que supiese la lengua italiana ó latina, para que le sirviese de guía y de intérprete, nunca lo quiso hacer, por gozar más libremente de su soledad y tambien porque, como andaba ya tan descarnada de sí y tan deshecho de todas las cosas del mundo, y con tan abrasados deseos se habia resignado y puesto en las manos de Dios nuestro Señor, queria estribar en solo él y estar colgado de su providencia paternal, de suerte que no se le derramase ni divertiese en las criaturas esta su confianza, ni se le disminuyese ó entibiase con la esperanza que podia tener en el ayuda y refugio del compañero. Y no solamente echó de sí el ayuda de los compañeros en este camino, sino tambien toda la solicitud y congojoso cuidado que del viático se podia tener, porque no hubiese cosa que le apartase desta su singular confianza que tenía puesta en solo Dios, ni le hiciese aflojar de aquel apresurado paso con que caminaba tan alentado y sediento á la fuente caudalosa de las aguas vivas, que es Dios. Halló en Barcelona un bergantin armado que pasaba á Italia, y una nave que estaba á la colla para hacer el mismo viaje. Trató de ir con el bergantin, pero estorbáronselo, y fué nuestro Señor servido que diese al traves y se perdiese en aquella navegacion. El patron de la nave dijo que le llevaria de balde en ella, con que metiese su matalotaje de tanta cantidad de bizcocho cuanta habia menester para el sustento de su persona, porque sin esta provision, no le queria recibir. Comenzó pues á tratar de la provision del bizcocho que le pedian, y juntamente á congojarse y affigirse, pareciéndole que esto era ir ya contra sus propósitos y contra el deseo de aquella perfectísima pobreza que Dios nuestro Señor le habia dado, y contra aquella confianza tan segura y filial, con que queria estar todo pendiente y colgado de la mano de Dios. Y con amargura de su corazon, hablando consigo mismo, decia: «¿Dónde está aquella tan cierta y segura confianza en Dios, que no te faltaria cosa ninguna de su mano? ¿Por ventura él no podrá darte pan, y poner la mesa en el desierto á su peregrino?» Y como no se supiese desenvolver por sí mismo, ni desmarañar destes enredos y pensamientos tan dudosos, determinóse, como solia hacer en las demas cosas, de proponer sus dudas y congojas al confesor, y decirle las razones que se le ofrecian por la una parte y por la otra, y el deseo tan encendido que nuestro Señor le daba de abrazarle con la perfeccion de la pobreza por su amor, y de hacer en todo lo que fuese más agradable á los ojos de su divina Majestad, y ponerlo todo en sus manos y hacer lo que él le dijese. Y en fin, por parecer del confesor, metió bizcocho en la nave, y como al tiempo del embarcar le sobrasen

algunas cinco ó seis blancas de las que le habian dado de limosna, que habia pedido de puerta en puerta, por no llevar para viático más de lo que no podia precisamente excusar, dejolas allí sobre un banco en la marina. En este tiempo era muy atormentado de la tentacion de la vanagloria. De suerte que ni osaba decir quién era, ni de dónde era, ni descubrir adónde iba, ni cómo vivia, ni qué pretendia, por no desvanecerse y ser llevado del aire popular y buena reputacion en que por ventura otros le tendrían. Pero volviendo á su navegacion, ella fué muy trabajosa, aunque breve, porque pasó una muy recia tormenta, y con los vientos recios y deshechos llegó en cinco dias de Barcelona á Gaeta, que es una ciudad en Italia, entre Nápoles y Roma. Este año, que fué el de mil y quinientos y veinte y tres, fué muy enfermo, y en él fué Italia muy afligida y trabajada de pestilencia. Por lo cual todos los pueblos y lugares tenian sus guardas y centinelas, que no dejaban entrar á los forasteros, y á esta causa padeció en el camino de Gaeta para Roma extraordinarios trabajos; porque muchas veces no le dejaban entrar en los pueblos, y algunas era tanta la hambre y flaqueza que padecia, que sin poder dar un paso más adelante, le era forzado quedarse donde le tomaba, hasta que de lo alto le viniese el remedio. Pero en fin, como pudo, cayendo y levantando, llegó á Roma el Domingo de Ramos, y allí visitó con gran devocion y reverencia las sagradas estaciones y santuarios de aquella santa ciudad, y tomó la bendiccion del Papa, que era Adriano VI. Estando en Roma, muchos procuraron de desviarle del propósito que tenía de ir á Hierusalen, dificultándole é imposibilitándole el camino, por ser tan largo y trabajoso, y en año de tanto peligro y lleno de tantas dificultades, que no se podrian vencer sin mucho dinero. Mas todas ellas no pudieron hacer mella en aquel ánimo determinado é invencible de Ignacio. Sólo le movieron á tomar siete ó ocho ducados que le dieron al tiempo de su partida (que fué ocho dias despues de Pascua), para pagar con ellos el flete de su embarcacion; los cuales tomó, vencido de los muchos peligros y espantos que le contaron. Pero salido de Roma, examinando lo que habia hecho, parecióle que habia nacido de temor humano y falta de confianza, y remordiale la conciencia y carcomiase entre sí. No porque le pareciese que era pecado tomar ó llevar dinero, sino porque no venia bien con la perfeccion de su desec, y desdecia en alguna manera del santo propósito que habia hecho de seguir una extremada pobreza en todas las cosas. Y así, reprehendiendo su flaqueza, quiso arrojar el dinero, mas despues le pareció mejor darlo á los pobres que encontrase, por amor de Dios, y así lo hizo. En el camino de Roma á Venecia pasó grandes fatigas y muchas dificultades. Porque, como todavia duraba la pestilencia, desechado, por el miedo della, de los pueblos, le era necesario dormir las noches en el campo al sereno, ó cuando mucho, debajo de algun por-